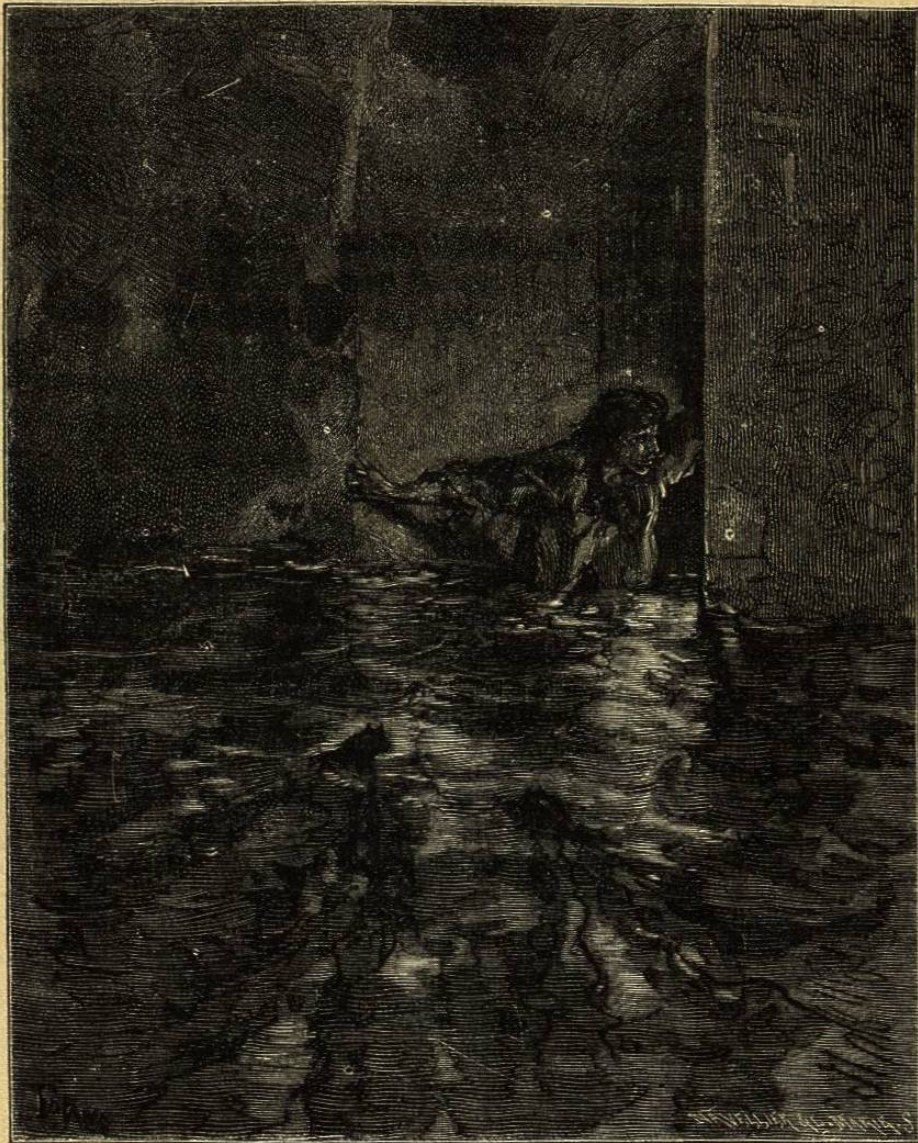


la encontró pues la había perdido durante su breve lucha con el Maestro de Escuela. Rodolfo hubiera esperado con serenidad la muerte á no tener fijo su pensamiento en la suerte de Murph. Si había cometido algunas acciones re-



El aire empezaba á fallar y Rodolfo sintió los primeros síntomas de la asfixia.

prensibles, Dios era testigo del bien que había hecho y sabía también el que se proponía hacer aún. Sin quejarse del fallo supremo, veía en su destino el justo castigo de una acción criminal que aun no había expiado... Un nuevo suplicio

vino á poner á prueba su resignación. Los ratones, arrojados por el agua de sus madrigueras, fueron subiendo de escalón, en escalón, porque no hallaban por donde salir, y asaltaron los vestidos de Rodolfo, el cual se llenó de horror al sentir por su cuerpo las patas heladas de aquellos velludos animales... Quiso arrojarlos de sí, pero le mordieron y ensangrentaron las manos. Volvió á gritar; pero nadie le oyó... Dentro de pocos instantes no podría articular una sola voz porque el agua le llegaba ya al pescuezo y muy pronto le cubriría la boca.

El aire empezaba á faltar, y Rodolfo sintió los primeros síntomas de la asfixia: latían con violencia las arterias de sus sienas, desvaneciábase la cabeza y se acercaba el instante de morir... El agua entró en sus oídos con funeral ruido y todo empezó á girar alrededor de él. El último destello de su razón iba ya á oscurecerse cuando oyó á la puerta de la cueva pasos precipitados y el sonido de una voz.

La esperanza reanimó su espíritu desfallecido, y reponiéndose con una enérgica reacción del ánimo, pudo oír distintamente estas palabras:

— Ya lo ves, aquí no hay nadie.

— ¡Rayo... es verdad! — exclamó con triste voz el Churiador.

Y los pasos se alejaron.

Rodolfo, sin fuerzas ya ni sentido, no pudo sostenerse y resbaló por la escalera.

Abrióse de repente la puerta hacia fuera, y el agua del subterráneo salió por ella como por la compuerta de una esclusa. El Churiador que había vuelto atrás (luego diremos por qué), cogió por los brazos á Rodolfo, que tendido y medio ahogado se mecía á uno y otro lado con un movimiento convulsivo en el umbral de la puerta.

XVIII

EL ENFERMERO

Rodolfo, salvado de las garras de la muerte por el Churiador, y conducido á la casa de la calle de las Viudas, la cual había explorado la Lechuza antes del asalto del Maestro de Escuela, se hallaba acostado en una habitación bien amueblada. En la chimenea resplandecía un vivísimo fuego, y un quinqué puesto sobre una cómoda derramaba su luz por todo el aposento. Solo el lecho de Rodolfo estaba en la obscuridad, rodeado de densas cortinas de damasco verde.

Un negro de mediana estatura, de cabello y cejas blancas y con una cinta verde en el ojal del frac azul, tenía en la mano izquierda un reloj de segundos, en el cual fijaba la vista mientras contaba con la derecha los latidos del pulso de Rodolfo.

Miraba el negro á Rodolfo, que estaba dormido, con la expresión más compasiva y afectuosa.

El Churiador, cubierto de harapos y de lodo, é inmóvil al pié de la cama, tenía las manos cruzadas sobre la boca: su barba roja y el pelo color de lino estaban revueltos en desorden y empapados en agua, y en sus facciones color de bronce se leía la tierna compasión que le inspiraba la grave situación del enfermo. Apenas se atrevía á respirar y contenía el fatigado aliento; mas lleno de impaciencia al ver la actitud reflexiva del médico negro y temiendo un pronóstico funesto, se atrevió á hacer en voz baja esta reflexión sin apartar la vista de Rodolfo:

— ¿Quién diría, al verlo tan postrado, que es el mismo que me solfeó tan bien las mandíbulas con aquellos puñetazos de despedida? ¡Ojalá sane luego, aunque para estirar los miembros y ponerse fuerte tenga que hacer ejercicio sobre mi persona!... de este modo sacudiría los malos humores... ¿no es verdad, señor doctor?

Una ligera seña con la mano fué la única respuesta del negro.

El Churiador volvió á guardar silencio.

— ¡La bebida! — dijo el doctor.

Dirigióse al momento de puntillas á la cómoda el Churiador, el cual estaba descalzo, pues había dejado sus zapatos herrados á la puerta del aposento; pero al andar sacaba la rodilla de un modo tan extraño, y eran tales sus contorsiones y piruetas, el arqueo de sus brazos y el alternativo subir y bajar de los hombros, que sólo en tan seria ocasión podía dejar de ser objeto de risa. El infeliz quería sin duda atraer todo su peso á la parte del cuerpo que no tocaba al suelo; pero las tablas del piso rechinaban á pesar del tapiz á cada paso que daba. Queriendo el desventurado salir airoso de su servicio y temiendo sin duda que se le escapase el frágil frasquillo, lo apretó de tal modo en la callosa mano, que lo hizo menudos pedazos y la poción cayó derramada por el suelo.

Quedó inmóvil el Churiador á vista de tal desastre, con una pierna en el aire, los dedos del pie encogidos, lleno de confusión y mirando alternativamente al doctor y al cuello del frasco que conservaba aún en la mano.

— ¡Torpe! — exclamó el negro con impaciencia.

— ¡Que bruto soy! — añadió el Churiador apostrofándose á sí mismo.

— Felizmente te has equivocado — dijo el Esculapio mirando á la cómoda: — había pedido el otro frasco.

— ¿Aquel pequeñito colorado? — preguntó el enfermero.

— ¿Pues cual ha de ser, si no hay otro?

Giró el Churiador sobre los talones conforme á su antigua usanza militar, y deshizo con ellos los pedazos de vidrio que estaban en el suelo. Otros pies más

delicados se hubieran llenado de heridas, pero el ex-descargador tenía un par de sandalias naturales tan duras como el casco de un caballo.

— Mira como andas que vas á lastimarte — dijo el médico.

El Churiador no hizo el menor caso de esta amonestación. Absorto en el cumplimiento de su nueva misión, que quería desempeñar aiosamente para borrar el efecto de la primera, cogió el frágil pomito entre dos dedos, con un escrúpulo y una delicadeza admirables... Una mariposa no hubiera dejado el menor átomo de sus alas entre el pulgar y el índice del Churiador.

El doctor tembló al pensar que un exceso de precaución podía traer consigo una nueva catástrofe; pero felizmente se salvó el frasquillo. Al volver hacia el lecho, el Churiador rompió otra vez con los pies los vidrios que había en el suelo.

— Mira que te estropeas, ¡desdichado! — dijo en voz baja el doctor.

— El Churiador le miró con sorpresa y repuso:

— ¿Me estropeo, señor médico?

— Has pisado ya dos veces esos vidrios.

— No os dé cuidado, señor médico: Tengo las plantas de los *pinreles* duras como una tabla.

— ¡Una cucharilla! dijo el doctor.

Volvió á empezar el Churiador sus evoluciones y llevó al médico lo que le había pedido... Luego que Rodolfo hubo tomado algunas cucharadas de la poción, hizo un ligero movimiento con la cabeza y con las manos.

— ¡Bien! — dijo el médico: — salió del letargo. La sangría le ha sacado de peligro.

— ¿Está fuera de peligro? ¡Bravo, viva la constitución! — gritó el Churiador en un acceso de alegría.

— ¡Callad, hombre, por Dios; no hagáis ruido! — le dijo el negro.

— Bien está, señor médico: me callaré.

— El pulso se va ordenando... ¡Muy bien!

— ¿Y el pobre amigo del señor Rodolfo? ¡Ah! cuando sepa... Pero por fortuna ya...

— ¡Silencio!

— Es verdad, señor médico.

— Vamos, sentaos y callad.

— Pero señor, el...

— Sentaos, os digo; me incomodáis y distraéis mi atención con andar alrededor de mí. ¡Vamos, sentaos!

— Señor médico, estoy más sucio que un lechón, y mancharía los muebles.

— Entonces sentaos en el suelo.

— Mancharé la alfombra.

— Pues haced lo que os de la gana, pero os ruego que no os mováis de un sitio — dijo con impaciencia el doctor, y sentándose otra vez en la silla de brazos, apoyó la cabeza en ambas manos.

El Churiador, después de haber discurrido un momento, menos por necesidad que tuviese de descanso que por obedecer al médico, cogió una silla con indecible precaución, la tendió en el suelo con el respaldo sobre la alfombra, muy satisfecho de su invención y con el modesto fin de sentarse en los palos delanteros para no mancharla. Hizo toda esta operación con el esmero más delicado: pero ignoraba por desgracia las leyes de la palanca y de la gravedad; y así es que la silla se rompió, y tendiendo el desventurado los brazos por un movimiento involuntario se llevó tras sí un velador en el cual había un plato, una taza y una tetera.

Dió un salto en la silla el doctor y se levantó de repente al oír el estrepitoso ruido, al paso que Rodolfo despertó sobresaltado, se incorporó en la cama, miró alrededor de sí y dijo con inquietud en voz alta:

— ¡Murph! ¿dónde está Murph?

— Sosiéguese V. A. R. — dijo respetuosamente el negro: — da muchas esperanzas de vida.

— ¿Está herido? — gritó Rodolfo.

— ¡Ah! sí, señor.

— ¿En dónde está?... Quiero verlo...

Quiso en esto levantarse, pero volvió á caer postrado y vencido por el agudo dolor de las contusiones, agravado por el esfuerzo que hizo en aquel momento.

— Quiero ver á Murph: llevadme junto á él ya que no puedo moverme. — volvió á gritar Rodolfo.

— Señor, está reposando, y no sería prudente causarle una emoción violenta.

— ¡Ah, me engañáis! ¡ha muerto!... ha muerto asesinado!... ¡Santo Dios... y he sido yo la causa de su muerte! — gritó Rodolfo son acerbo dolor levantando las manos al cielo.

— S. A. R. sabe que no soy capaz de mentir... Aseguro á V. A. por mi honor que el señor Murph vive... y aunque está gravemente herido, hay casi una certeza de poder salvarlo.

— Queréis prepararme para alguna noticia funesta... Su situación es sin duda desesperada.

— Señor...

— Sí, estoy seguro... me engañáis... Quiero verle ahora mismo... La presencia de un amigo es siempre saludable...

— Os ruego que me creáis, señor: os afirmo por mi honor que el señor Murph estará pronto sano, á menos que no sobrevenga algún accidente inesperado.

— ¿Podré creerlo? ¿es cierto lo que decís, mi querido David?

— Sí, creedme, señor.

— Pues bien: sabéis la consideración en que os tengo y la confianza que os



David.

he dispensado desde que estáis en mi casa... pero, escuchad: si fuese necesaria una junta, una consulta...

— Ese ha sido mi primer pensamiento; mas ahora estoy seguro de que sería

del todo inútil... y además no he querido introducir en la casa gente extraña antes de saber si vuestras órdenes de ayer...

— Pero ¿cómo ha sido esto? — dijo Rodolfo interrumpiendo al negro: — ¿quién me ha sacado del subterráneo en donde me estaba ahogando ayer?... Tengo una idea confusa de haber oído la voz del Churiador. ¿Me habré engañado?

— No, monseñor; ese mozo puede informaros de todo, porque fué el autor de vuestra salvación.

— ¿Dónde está? ¿en dónde?

El doctor miró á uno y otro lado para llamar al improvisado enfermero, que confuso y avergonzado de su caída se había escondido detrás de las colgaduras de la cama.

— Aquí está — dijo el médico: — no se atreve á presentarse.

— Acércate; ven acá sin recelo, amigo mío — dijo Rodolfo alargando la mano á su salvador.

La confusión del pasmado Churiador era tanto mayor, porque acababa de oír que el médico daba á Rodolfo los tratamientos de Monseñor y de V. A.

— Vamos, acércate; ¡dame la mano! — repitió Rodolfo.

— Perdonad, señor... no; señor no; yo quería decir monseñor... su alteza... pero...

— Llámame señor Rodolfo como siempre... quiero más bien que me trates así.

— También á mí me gustaría más, porque se me va la boca para... Pero mi mano, perdonad... he hecho hoy tantas cosas con ella...

— ¡Qué importa! venga la mano.

Vencido por las instancias del enfermo, alargó con timidez la mano el Churiador, y Rodolfo se la apretó cordialmente.

— Vamos á ver; siéntate y cuéntame todo... ¿Cómo has dado con la cueva?... ¿y el Maestro de Escuela?

— Está aquí bien amarrado — dijo el negro.

— Bien amarrados por cierto, así él como la Lechuza. ¡Qué muecas harán! Vaya, á estas horas deben haberse puesto de ropa de pascuas el uno al otro.

— ¿Y Murph? ¡Ah! cuanto me acuerdo de él... ¿David, en dónde recibió la herida?

— En el lado derecho, señor, y por fortuna sobre una costilla falsa.

— ¡Oh, es preciso tomar una venganza terrible!... ¡David, cuento con vos!...

— Ya lo sabéis, señor; os tengo consagrada mi existencia — repuso el negro con fria calma.

— Pero tú, querido mío ¿cómo has llegado aquí tan oportunamente? — dijo Rodolfo al Churiador.

— Si gustáis monseñ... no, señor... alteza Rodolfo... principiaré por el principio.

— Que me place: empieza ya; pero cuidado, llámame señor Rodolfo no más.

— Bien está... Pues, señor Rodolfo, como digo, ya os acordáis que ayer tarde, volviendo del campo á donde habíais ido con la Cantaora, me dijisteis: « Procura ver al Maestro de Escuela en la Cité y decirle que sabes donde se puede dar un buen golpe, pero que no quieres tomar parte en él. Bríndale con tu lugar, y si lo toma que se presente mañana (esta mañana) en la barrera de Bercy, junto al *Canastillo Florido*, que allí se encontrará con la persona que ha preparado el negocio.

— ¿Y luego?

— Y luego, así que os he dejado me fui á la Cité... Entré en casa de la Pelona y no estaba allí el Maestro de Escuela: subí por la calle de San Eloy, pasé por la de Feves, por la de la Ropería Vieja... ni por pienso... En fin, al llegar al atrio de Nuestra Señora me lo eché á la cara con la bruja de la Lechuza en la tienda de un sastrezuelo revendedor, alcahuete y ladrón todo en una pieza: estaban comprando algunas cosas de lance, sin duda con el dinero que habían robado al señor alto que os andaba buscando. La Lechuza ajustaba un chal encarnado... ¡bruja del demonio!... Desembuché mi cuento al Maestro de Escuela, y me dijo que le tenía cuenta y que no faltaría á la cita. ¡Esto es echo! dije para mí... Esta mañana he venido aquí á deciros lo que había, según me ordenasteis ayer cuando me dijisteis: « Pues bien, vuelve mañana antes de amanecer, pasarás el día en la casa, y por la noche... verás algo de nuevo. Nada más me garlasteis, pero yo comprendí bien, porque á buenos entendedores... Dije yo entonces para mí: Esta es una trampa que le arman al Maestro de Escuela... Maldito lo que me importa: es un bribón redomado... Asesinó al boyero, y aun dicen que á otra persona más en la calle de Roule... redomado.

— Mi falta estuvo ennode cirtelo todo... Acaso no hubiera sucedido este desastre.

— Esa es cuenta vuestra, señor Rodolfo: lo que á mí me importaba era serviros... porque, en una palabra, yo no sé como es, pero os tengo un aquel, una inclinacion tan grande, que... Hablemos de otra cosa. Pues, señor, como iba contando, dije acá para mí: El señor Rodolfo me paga el tiempo; luego mi tiempo le pertenece y debo emplearlo en su servicio... Esta reflexión me dió otra idea, y me volví á decir: El Maestro de Escuela es muy lagarto y va á sospechar que le arman una zancadilla... Es verdad que el señor Rodolfo le propondrá mañana el negocio; pero el bribón es capaz de venir hoy por aquí á reconocer el sitio, y si desconía del señor Rodolfo traerá otro consigo y dará hoy mismo el golpe por su cuenta. Por si acaso me esconderé por ahí en algún sitio desde donde pueda ver los muros y la puerta deljardín, que otra no tiene...